Año V—Epoca II La Plata, 1ª quincena de Marzo de 1923 Núm. 93

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

El último canto

Creo en tí, Vida todopoderosa, creadora de los esporos y de las orquídeas, de las constelaciones y de los microbios. Creo en tí, que resucitas instante tras instante de entre los légamos y de entre los muertos, que fecundas todas las aguas y eres en los profundos senos de la tierra la leche activa que las plantas maman. Creo en tí, que te renuevas siempre, cualquiera sea el minuto, que repites eternamente el milagro de las multiplicaciones más diversas, que te exaltas en todos los volcanes, vibras, clamas y truenas en todos los cataclismos, cantas y te iluminas en todos los horizontes, abres tu prolífica mano de sembradora perpétua en todos los mundos, amas en todas las esferas y gritas a todos los seres del universo: «entregaos».

***

Creo en tí, Vida todopoderosa, omnipotente y omnipresente, generosa incansable, siempre virgen y bella y siempre en parto, siempre espléndida y pura, siempre entregada a todas las caricias del amor, de las incubaciones y la fecundación.

Y porque creo en tí, no desespero como los derrotados de una ilusión cualquiera, no te niego, tampoco, como los tránsfugas, no te odio sordamente como los simuladores de la amistad, que viven escondiendo la hiel de sus corazones tras la miel de sus sonrisas de hipócritas sempiternos, ni te abomino, en fin, como los que cansados de luchar por un mañana sin yugos ni dolor, se abandonaron a la corriente mansa de las indiferencias en que yacen, tal cual en las orillas de los ríos las livianas y dóciles resacas.

***

Vida, eterna Vida misericordiosa, que has, a tu eterno soplo de eternidad creadora, hecho nacer los mundos, preñar los cálices y fundir los átomos en el íntimo abrazo de las cópulas: Porque eres buena, porque eres pródiga, porque mantienes con tus renovaciones la juventud perenne de los pólenes cósmicos, de los soles, de las estrellas y de todos los hombres y mujeres que te rinden el fruto de sus sexos, quiero, en homenaje a tí, antes de entrar en el seno profícuo e infinito de tus actividades, dedicarte este credo de alabanza, con amorosa unción, para que lo cante mi hijo, fervoroso, sobre la fresca tumba donde continuarán viviendo mis despojos.

F. DELY.

NUESTRO EDITORIAL

De la virtud depresora

I

No hay nada más triste que ésto: que nos tengan compasión o lástima, si queréis. Es de ella que se resienten los hombres duros o altivos: les toca adentro, muy hondo, así tal cual un escarnio.

Sólo los sinvergüenzas y los lisiados han hecho siempre de todo por inspirarla. Es pues de esa sucia lástima conque ha orlado el cristianismo el corazón de los débiles y la frente de los déspotas, que deberemos librarnos como de una peste endémica. Planta que se desarrolla en vicio, para dar un tardo fruto y tras de tardío insípido, hay que arrancarla de cuajo como a una lengua de víbora.

Por la altura moral del hombre, entonces, ¡de pie y el gesto bravío, contra todo lo que achata y mancilla y degenera!

II

Hija espúrea de la piedad, la lástima, no cabe ni podría caber en los de animoso espíritu. El pudor del hombre digno (no el de munición, se entiende), se subleva frente a ella. Y se explica: es que el pudor no comprende la limosna; que no otra cosa es la lástima: resíduo precario, magro, como una piltrafa a un can.

III

Dos valores primordiales, eternos y contrapuestos, actúan como dos fuerzas en la vida del agregado social: el que alza y el que deprime, el que nos hace de línea y el que hace, por el contrario, de la flaqueza, virtud.

Es por aquél que se levantan las frentes en un gesto noble, entero, como un saludo a la mar. Es por este que se respingan en uno torvo y plegado como una mala intención.

IV

Valor negativo el de la lástima, es deprimente de suyo: no inunda nunca de júbilos, un solo instante vital. Corola tóxica que es, se abre siempre a los incautos en una ostentación de pétalos irisados... Pero no engaña jamás a los de buen instinto y mejor ojo.

Claro que al sinvergüenza, acostumbrado como está a vivir de la sorpresa sobre el flaco corazón, la lástima conviene mucho. A cualquier cosa recurrirá por inspirarla; y la explotará sin asco, sin el más leve pudor. Pero este tipo común a todas las sociedades educadas en los principios cristianos, no es, no existe por si solo; es un producto de aquella, que desaparecería si ella desapareciera.

Y no digamos de los lisiados que, acaso, primeros en inspirarla, dieron pábulo a su arraigo que, fomentándose luego, se desdoblara en los otros, viciosamente. No digamos ¡oh, no! de los lisiados. ¡Es que tampoco deben tocarnos ellos, como no tocan al sol las miserias de aquí abajo!

Hagámonos dignos, pues, y no nos dejemos cautivar por las lástimas de nadie, que más mentidas son cuanto más a hombres fuertes, duros y altivos le son tenidas.

V

Es Cristo o su moral de esclavos el que ha maleado el sentido que al final, después de las bacanales que hundían al mundo antiguo, hubiera hecho por reacción natural, gentil y bella a la vida.

Se impone, pues, enterrarlo con todas sus negaciones. Y como un signo seguro de orientación en todas nuestras batallas, defender precisamente cuanto la moral actual tiene por impuro o malo.

Desvaloremos la lástima,—una de las tantas virtudes que nos son preconizadas a todo bombo y platillos. Que no nos llegue es preciso, que no nos alcance nunca, si es que algo ha de dignificarse.

Entonces, por la altura moral del hombre, contra todo lo achatante,—piedad, compasión o lástima,—ya mismo, amigos ¡de pie! ¡De pie contra los cobardes! ¡De pie contra los valores fatales de decadencia! ¡De pie contra las conciencias doblegadas por Jesús!

Y alzando una bandera de gallardías heroicas, como en la punta de una lanza un ósculo de sol, virtualicemos este momento del vivir nuestro, talando, decididos, todo lo deslizante, lo turbio, lo plebeyo. Que así, solamente así, podremos salificar el éter para hacerlo propicio al nacimiento de aquél astro de amor, que aun dormita de oriente en los cendales: la Anarquía.

Notas de carnaval

Pocas, muy pocas son las caretas que hemos podido ver este año por esas calles. Se diría que las gentes han progresado algo más, que cierto avance en cultura les ha hecho comprender lo antipático de lo grotesco, lo repulsivo de lo deforme. No hay tal cosa, sin embargo. Lo que hay es, por el contrario, una mayor desvergüenza que en los años anteriores, más grande cuanto más bien educadas son las personas en que se muestra. Ya los niños no respetan a los ancianos, ya los hombres no tienen reparo alguno en comunicarse de viva voz, como para ser oídos, las más íntimas y puercas aberraciones, ya las mujeres han olvidado aquel recato, aquel pudor que las hacía tan encantadoras. ¡Qué magnífica libertad de costumbres o libertinaje, es la que existe hoy día! ¿Para qué, pues, la careta? ¿Con qué objeto? Si todos los días expresamos públicamente nuestra indecencia, si hacemos los más procaces gestos, si solo triunfa el teatro sicalíptico, si cantamos por todas partes, con fruición, las maravillas y las tristezas de la vida del burdel ¿por qué habríamos, para todo eso, de cubrirnos en carnaval? ¿Valdría la pena taparse durante tres o cuatro días, para mostrar hasta qué extremo somos de sueltos, de guarangos, de irrespetuosos y de degenerados, cuando durante el año entero vivimos tan destapados y tan impúdicos?

¿Acaso el político no nos dice la verdad, cuando expresa a sus oyentes o sus lectores el odio que siente por sus adversarios y promete, si triunfa, perseguirlos, condenarlos al hambre en obsequio de sus partidarios? ¿Acaso el adulón se esconde hoy día para que nadie vea cuánto es de repugnante su actitud y expresiones de servil? ¿Acaso el gobierno, en fin, disimula, como antes, sus latrocinios? Y si el gobierno, que debería darnos los mejores ejemplos de honestidad, no se cuida poco ni mucho de disimular la corrupción en que vive, ¿íbamos nosotros a disimular nuestras pasiones de romanos fin de siglo?

¡No, no, sería arbitrario! ¡Abajo, pues, los calzones y los calzoncillos! ¡Viva la libertad!

Estas cosas que son de todos los días y mucho más en los sitios en que puede gozarse de cierta impunidad—salones de baile, calles populosas, recodos de caminos en los bosques, grutas de los lagos, reservados de hoteles, apartados de oficinas públicas y rinconcillos de comisarías,—estas cosas, decimos, no han sido por el carnaval, nada más que un poquito exacerbadas, lo que es muy natural, si se piensa en la influencia que tiene el almanaque sobre la mayoría de las gentes. Lo que viene a probar al fin de cuentas que, si ya no se usa la careta, es porque a la altura a que hemos llegado en las costumbres, no es necesaria para mostrarnos en nuestra más completa grosería, impudicia y degeneración.

Felicitémonos pues. Todas las indecencias están ahora a la vista. No hay pudor, es verdad, pero tampoco hay mentira. La degradación ha terminado por borrar de los rostros la hipocresía. Quizá sea este—signo de los tiempos—el único modo de curarnos.

¡Salve a tí, carnaval, que si te mueres, es porque has ingresado en las costumbres diarias y bien vulgares del conjunto social! ¡Salve a tí que has concluido por limpiarnos de la simulación en que vivíamos! ¡Y salve hoy más que nunca en que un amigo que nos guardaba intacto el secreto glacial de su veneno, se arrancó la careta que se ponía cuando nos visitaba para fingirnos lo que no sentía!

Las jiras a Chile y nosotros

Después de la incidencia sobre la jira a Chile, de todos conocida, que dió por resultado la proyección de dos jiras en vez de una, han venido los compañeros del «Grupo para la propaganda internacional», haciendo seguidas publicaciones en toda la prensa anárquica del país y de allende los Andes. En esas publicaciones figura siempre, como propiciadora de la jira en cuestión, la agrupación editora de este periódico. Indudablemente, nosotros estamos de acuerdo con los compañeros del «Grupo para la propaganda internacional», respecto a la jira que tienen proyectada, y hemos de apoyarla pecuniariamente cuando los compañeros del Grupo mencionado resuelvan traducir en hechos el proyecto. Pero hay también la que auspiciaron los camaradas de «La Antorcha», que sin tanto decir «partiam, partiam», y no moverse del sitio como el tenor de cierta ópera cuyo nombre no recordamos, ya tienen los trabajos bastante adelantados para que la partida se inicie dentro de muy poco tiempo.

Y bien, entre dos jiras proyectadas, una que habrá de realizarse... cualquier día y otra que ya se encuentra con el pie en el estribo para partir, la elección no es dudosa para nosotros que, después de resuelta la incidencia a que nos hemos referido más arriba, nos propusimos, como lo hacemos siempre con toda obra honesta, apoyar ambas jiras, prescindiendo de la animosidad que pudiera existir, latente, entre los camaradas que las propician.

Vaya, pues, Pacheco, a Chile, llevando el mensaje de fraternidad de los compañeros de la Argentina, y felicítelos de parte nuestra por haberse ganado dos jiras en vez de una, gracias a la incidencia susodicha que ya, por suerte para todos, ha terminado al fin en bien de todos

Al compás de los tiempos

Vamos por tiempos de parto; de sus ansiedades, de sus esperanzas y de sus inquietudes, somos un reflejo como las chispas a un incendio, el ansia por la más bella vida...

Y la marcha como imagen de la vida, como su luz que brota, alumbra y se pierde en la infinita lejanía: así nuestras inquietudes. Brotan en todas las tierras, prenden y se amanecen—rojas florcitas rebeldes—en todos los climas: inermes, angustiantes y de transparente, ingénua serenidad de ideal. Humanas hasta fundir de una mirada una estrella.

Todo lo que nos rodea nos invita a la marcha, nos empuja hacia adelante, nos llena la testa de alas y perfumes, y nos entusiasma en un vuelo.

Nuestra juventud, enmarañada de peros, de temblores, de flojedad, de esperas, de querer hallar no sé qué molde, cae de la negra y buena tierra, óptima de posibilidades vírgenes, resbala a la greda pegajosa, humecida en arrastres, disimulada en las sombras, lejos de la luz y de la mirada vibrante y serena de los hom-

bres, del padre macho: el forjador de alboradas...

Sin el ritmo de la acción y de la esperanza ¿qué somos?

La vida exige rutas, hachas de filo de llama en puños de nervadura encrespada. Los gérmenes, para que emprendan la marcha necesitan que los preñen y los empujen multitud de rayos de oro; las flores crecen y expanden sus perfumes y su gama de colores, sin esperar un por qué, sin disimular el resplandor de sus sones; su angustiante y agria tensión de ser, de haber sido un paso más, que fué punta, que fué cúspide, que fué el ensueño más alto.

Y a tí, todos los días te besa y te enmaraña las crenchas, el dolor, las hambres y las inquietudes que respiran estos tiempos.

Ellos—su enjambre rojo, dorado o azul—rodean tu cuna, azorados...Esperan tus sueños y tus entusiasmos, llenos de la angustia, pálida y palpitante del ansia de ser ellos tu estrella, tu estremecimiento más hondo, más supremo...Ellos quieren que les digas, que les cantes, que les muestres tus amores y tus odios, y ahora ¡ahora mismo! en el instante en que tus nervios vibren con tensión más trágica, en que tu boca sorba el más amargo pesón o el más dulce de los cálices...antes que tu corazón se enfríe y desdeñe, en vez de rabiosamente odiar, y que tu alma teja visiones de sombras y de nostalgias, por la marcha en el camino pleno de pedruscos, de soles cegadores, de nieves recamadas del esfuerzo.

Dando un poco de tus fiebres es que llegarás a comprender un poco de las fiebres que sacuden estos tiempos. Si tus ojos, no iluminan al mirar; si tus besos, no encrespan y funden toda la capa de hielo de indiferencia, de obscuridad, de esclavitud que encuentras en resaca, en prebendas, en dogmáticas mentiras, en infinitos arrastres, acuñados en la propia faz de la vida...¿qué valen? ¿qué ideal, qué línea, qué encabritada canción de centelleos y esperanzas, sostienen, aguantan?

Si registras tu magin encontrarás que te debes...Tienes que darte, tienes que multiplicarte en hambres, en ambiciones, en frenesíes, en intensa sed de querer llegar y traspasar un algo.

Tu germen, la semilla que encontraste en tu cuna, debe multiplicarse, engendrar multitud de rayos en pos de lo desconocido y de lo inédito; en anhelos siempre atentos y despiertos como fulminante, como la savia primaveral de una planta, como la chispa votiva de la herramienta que trabaja.

Que siempre cante, en pos de una obra, tu yunque; es por sus sones de ir siendo, de estar siempre en forja de un algo, que es joven, fuerte, recio...

Y allí está su vida: el olvido del no sér, lo cubre de las pústulas de un cancer repugnante, le ensucia el brillo de su frente tallada en cantos y le empuja más y más a la muerte, a la frialdad de la nada.

Macho de forja, pechazo de luz, montón de angustias, placa virgen de inscripciones de eternidad: ¡devuelve lo que debes a la vida!

JESÚS MOREIRA.

De la vida "linyeril"

El toro asegurado

A pesar de que siempre hay exceso de brazos en todas partes, encontré ubicación en la estancia de Lopez Lecube, de cabañero...

Aunque no sabía por dónde empezar, dije que conocía perfectamente el oficio y escuché atento las instrucciones detalladas.

Cuidemos toros, entonces...

Había entre los recios cornúpetos, un viejo Durham, asegurado en 50.000 pesos. (según referencias de un peón más viejo aún y que pertenecía al campo como los árboles, con tatarabuelo, nietos y biznietos,) del que ya se habían obtenido espléndidas crías, y que ahora padecía de fiebre aftosa y del que pronto vencía el contrato del seguro.

A los pocos días de pasearlos, bañarlos y darles sus raciones cuidadosamente, de improviso recibí orden de no dar de comer al enfermo. Pasearlo, tampoco...

Dudé un rato de la peroración que al efecto se me hizo. ¿Ayuno y baños fríos para curar a mi internado? El método me pareció muy original y no logró convencerme. Cavilé, dudé, y... ¡Eureka!

Atados a cadena y argolla en sendos postes, dábales la ración a las doce. Advertí el rostro entristecido del Durham, que parecía reprocharme mi inaudita actitud. Me miraba serio, ojeroso, lánguido. El me advirtió con su mirada de dolorosa resignación, que yo tenía la misión de hacerle morir de hambre, rápido; así el estanciero cobraría el seguro, pretextando la fiebre.

¡¡Eureka!! Ahí estaba el motivo. Era irrevocablemente así y no dudé ni un minuto más que los burgueses son capaces de hacerle cometer un asesinato a uno, como quien hace tomar «mate con ombú». ¡Canallas!

Al embretar los toros por la tarde, la cara de mi pensionista me pareció más larga aun. Se me imaginó mortalmente pálida y afiebrada. Padecía horriblemente el tremendo rosillo. Parecía que hubiera querido hablarme, decirme algo. Tenía los ojos hundidos, circuidos de ojeras tuberculosas, azules. Caminaba apesadumbrado, rezongando contra mi criminal conducta, mientras le tiraba de la argolla abrochada en las fosas nasales.

Desde ese momento mi burgués me pareció un hombre sin entrañas, sin madre. ¡Conchabarme para hacer asesinar a un regio animal!... Pues no era más que un desgraciado el López Lecube ese, un alma negra, siniestra. ¿Y qué me hubiera dicho el rosillo?—pues quería decirme algo. Me hubiera dicho que yo era un miserable, un cobarde, un...

Efectivamente, yo era un cobarde. ¡Hacer morir de hambre a un toro de larga fama, por 40 pesos al mes!... ¡Ni por su estancia! ¡Vaya usted al diablo, señor Lecube!

Después de estas reflexiones, ya estaban embretados los toros. Estaban en sus calabozos.

Cuando le llevé una brazada de pasto a mi enfermo, ¡qué ansias famélicas! ¡qué expresión de gratitud! Es imposible pasar al papel la vehemente actitud del animal. La sinceridad suma se esteriotipaba en su faz marchita. Parecía decirme: «Gracias, gracias, buen hombre.»

¿Y qué me hubiera dicho ese dechado de sinceridad, ese animal bruto, si hubiera sabido hablar? Su cara marchita era la propia del protagonista de «Hambre», la novela de Hamsun. ¡Hambre, sí, hambre, decía!

Le di pasto y avena a granel. ¡Vaya al diablo el señor Lecube! ¡Ni por el Banco de Francia mataré yo una sola hormiga! Me hice el idiota. Al día siguiente, ¡horror!, el largo ayuno y mi imprudencia de empacharlo, terminaron por agostar al tremendo reproductor inglés, (porque hay toros ingleses, como hay misters y misis). Vivió hasta la tarde, agonizando horriblemente. Bramaba ronco y se retorcía como un gigante mortalmente herido. Murió a las 4 p. m.

Rápido voló en su «Ford» a Bahía Blanca el señor Lecube, a cobrar. ¿Y yo? ¡Un asesino!...

—¿A que hora murió el toro, señor?—preguntó el gerente de «La Soberana», mientras hojeaba el registro.

—A las 13 horas, señor,—contestó Lecube, precipitado y temblando ante la idea de los 50.000 pesos.

—Entonces... día 15... Entonces,—ojeando los libros,—no puede usted cobrar el seguro porque el plazo vence a las doce meridiano.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Qué dice usted, querido amigo, que!...

—Que no puede cobrar el seguro, señor.—Y los ojos del gerente fulgían por el tanto por ciento que le correspondía del negocio. Bien se midieron sus miradas con el egoísmo, la perversidad mediante, el oro por medio.

El asesinato de un regio cornúpeto, alegró a uno; después, hizo restregar las manos al otro, fruitivamente.

Lo mismo hubiera sido si en vez del toro hubiera muerto un hombre o la misma madre de alguno de ellos. Su moralidad se medía a $ el metro.

Lecube salió del despacho apretándose la cabeza con ambas manos.

—¡Ah, miserable,—murmuraba,—le ha dado de comer!

Estuvo a punto de perder los sesos por 50.000 pesos.

J. E. STIEBEN.

Pico, Febrero 1923.

LA NUEVA PROPAGANDA

Ayer tarde, me dí el placer de repasar un folleto sobre la economía social, recientemente publicado por un químico de renombre...Me produjo verdadero placer, en parte a causa del valor intrínseco de la obra, pero principalmente, porque él introduce en nuestro movimiento nuevas ideas y nuevos puntos de vista. He ahi lo que desde hace muchos años considero la más grande de nuestras necesidades.

Me convenzo, día tras día, que es esencial desembarazarnos de las generalizaciones vagas, y de la lógica aún más vaga que hemos heredado del pasado.

Representan ellas, el precio que ha sido necesario pagar para que se cumpliera nuestra evolución de ese «trade-unionismo» oportunista y de ese socialismo emocional, de los cuales el movimiento anarquista comienza a desprenderse.

La energía de una vida individual, cualquiera que fuese, es muy limitada y no es raro que los antiguos teóricos del Anarquismo hayan visto que es una tarea que está por sobre sus fuerzas, el desembarazarse de costumbres que eran como una segunda naturaleza.

No cesaban de entretenernos con la transformación milagrosa que se operaría cuando el pueblo delirando descendiera a la calle,—frase favorita de Kropotkine;—ahora, la ametralladora ha hecho desvanecer ese hermoso sueño.

Se imaginaban que la palabra Revolución tenía un valor mágico, y que gritándola por los cuatro costados del mundo, las masas despertarían de su sueño y reivindicarían a gritos su libertad,

Yo creo que la prueba está hecha; se trataba de una quimera.

Las palabras grandilocuentes desaparecen cada vez más y ya no se escuchan las profecías y las promesas; el pueblo desconfía hoy más que nunca de lo «vago». Felizmente para él.

Yo puedo insistir sobre todo esto con tanta más razón cuanto que yo he sido un creyente del «tumbo universal», y considero como una de las advertencias más juiciosas que hayan sido jamás formuladas, esta frase de Carlyle: «Es asombroso lo que puede durar un régimen podrido sino se le trata muy rudamente». Toda mi objeción es que nosotros no vemos cómo viene ese gran trastorno, y que si no tratamos al régimen actual «rudamente», es porque ignoramos los puntos vulnerables o aquellos que pueden ser atacados con provecho.

Como puedo demostrar más claramente mi punto de vista, refiriéndolo a mis propias experiencias, espero que se me perdonará que hable de mi mismo.

Durante mucho tiempo, hace como cuarenta años, yo era un ardiente socialista. Después púseme a leer y traducir las obras de Kropotkine y me hice lo que nosotros llamamos un «socialista anárquico». Sin embargo, aunque tocado profundamente por los ataques de Kropotkine contra el gobierno y la burocracia—los hombres que la formaban entonces, y yo mismo—recuerdo que continuábamos cooperando con los socialistas, en la medida en que estos nos lo dejaban hacer. Eramos absolutamente sinceros. Nos considerábamos como inflexibles revolucionarios.

Según toda apariencia, Kropotkine no había escrito nada que fuese capaz de convencernos que semejante colaboración era ilógica e indefendible. El mismo, acaso, participaría de nuestros puntos de vista. El se asió al término «socialista». Escribió un prefacio muy socialista a una notable obra sobre Sindicalismo. Cuando volvió a Rusia, poco tiempo después de iniciada la revolución, creía evidentemente que los anarquistas podían marchar unidos. No era el único que acariciaba esta quimera.

En lo que concierne a mi ruptura completa con el socialismo, debo decir que la debo a la lectura de una obra de Herbert Spencer: «La esclavitud que viene». En ese libro sostenía Spencer que necesariamente el Socialismo haría del Estado el Todopoderoso, resultado que sería para la humanidad—exponía sin ambajes—una desgracia más grande que todas las guerras, pestes y hambres que la han desolado hasta aquí. El peso de las pruebas acumuladas me consterna. Ese libro me impresionó vivamente; desde ese momento se me pedía de un lado y otro para hablar en público; tomé la costumbre de aconsejar a mi auditorio y especialmente a los socialistas que en él figuraban, que pidieran a la Biblioteca Pública «La esclavitud que viene» y la estudiaran.

Durante mucho tiempo, pregunté a la Biblioteca si la obra era pedida. Nadie la leía. Nunca encontré un socialista que hubiera ensayado honestamente refutar a Spencer.

De ordinario, cuando yo hacía alusión, se me respondía que era un burgués.

La obra de Josiah Warren: «La verdadera civilización» (análisis penetrante del rol jugado por los jacobinos en la Revolución francesa) entusiasmó mi convicción, que se afirma aún más con «A guisa de libro» de Benjamín B. Tucker. Después hice otras observaciones. Según mis conocimientos, Kropotkine no había redargüido nunca las objeciones formuladas por Spencer, contra el Socialismo, y Tucker, dirigía por su parte formidables ataques sobre la posición en que se atrincheraban Kropotkine y John Most, ataques que no fueron nunca contestados.

En verdad, Tucker es un pensador de gran claridad y un intérprete fiel de Proudhon. Una de las principales acusaciones que se le han echado en cara, es que él se ha mostrado partidario de una «policía».

Pero lo que él ha escrito, es que en un régimen de cooperación voluntaria—en la anarquía—los miembros constitutivos se unirían para rechazar todo ataque a sus derechos. El argumento era perfectamente fundado. ¡Ciertamente que se defenderían! Yo no tiro piedras maliciosas sobre el jardín ajeno. He sido el amigo personal de los hombres que acabo de nombrar; he apreciado sus justos valores y sus ayudas a la gran causa revolucionaria.

Sobre lo que insisto, es que estamos en otro período de la evolución de nuestros movimientos, que los compromisos de otros tiempos, que la vieja idea de que estamos en la misma barca y que es necesario remar en conjunto, que todo eso es viejo, de una época completamente abolida.

En su tiempo, esas concepciones pueden haber tenido su valor, pero en el curso de los últimos años no han producido sino desastres.

Los hechos, implacables, nos obligan a librarnos de nuestra debilidad sentimental, y entre esos hechos la experiencia de la Revolución rusa, ha sido el más riguroso.

Si nuestro pensamiento hubiera sido claro y agudo, no hubiéramos podido creer nunca en la Dictadura. Esclavos del emocionalismo revolucionario como lo éramos, muchos de entre nosotros cometieron espantosas confusiones que nos han costado caras.

En un próximo artículo espero exponer con detalles la nueva propaganda práctica a la cual el anarquismo debe adaptarse. Ese artículo contendrá un análisis de la ley que preside el hundimiento de los régimenes sociales y de los puntos sobre los cuales será necesario concentrar los asaltos.

WILLIAM C. OWEN.

De: "L'en dehors"

Los padres

Los padres, lejos de ser amigos, confidentes o consejeros de los hijos, son casi siempre sus tiranos más allegados.

¿Qué son los padres para sus hijos? Me hago ésta pregunta cada vez que oigo hablar de los derechos de la paternidad y de sus sacrificios, y cada vez, también, que leo en algún novelón de literatura hueca, estas frases que no lo son menos: «Sangre de mi sangre», «Pedazo de mis entrañas», «Ser de mi ser».

No es que yo quiera decir que todos los padres son iguales, ni que quiera, tampoco, referirme a esos que después de hallarse embriagados, van a sus hogares a martirizar los débiles o anémicos cuerpecillos de sus hijos. No, no hablo de esto ni de la ternura de los padres para con la niñez, pues yo también he visto a muchos niños jugar sobre las rodillas de sus progenitores, mientras estos los cubrían de besos y de caricias. Lo que a mí me preocupa ahora es saber el grado de libertad que conceden los padres a los hijos; ver si ellos son maestros, consejeros o tiranos, como lo he expresado en el lema que encabeza estas líneas.

En verdad, los padres no abandonan nunca su autoridad paterna o de dueño de casa, como se suele decir. Yo no estoy ni estaré jamás de acuerdo con la sentencia aquella de «yo te hago, yo te deshago,» que para los padres significa: «yo te crié, me perteneces, debes obedecerme, yo mando.»

¿No son estas, acaso, las palabras que usan la generalidad de los padres, cuando los hijos obran en desacuerdo con sus sentires o sus ambiciones? Y cuando opinan en desacuerdo también, ¿no les imponen su autoridad de padres o de dueños de casa o de patrones, basados en que se les debe la existencia por habernos parido o engendrado o dado un mísero cacho de pan en los días de la infancia?

Luego, sin analizar si sus procederes son buenos o malos, si obran bien o no, ejercen su poder sobre los hijos como lo ejerce el Estado sobre los ciudadanos. Así, obligan a la hija a que se una con éste o con aquel

hombre; al hijo, con esta o aquella mujer; porque ellos, los buenos padres que velan por los hijos, así lo desean. Llegan hasta imponernos tal o cual creencia (la de ellos) tal o cual aprendizaje o estudio de oficio o profesión (el que a ellos le gusta), tal o cual modo de ser. Ahogan nuestras aspiraciones, embotellan nuestras mentes en un dogma cualquiera, destruyen nuestra voluntad, ponen obstáculos a nuestras iniciativas, y todo en nombre, siempre, de su autoridad de padres, de mayores, de gente de experiencia. En una palabra, nos someten o tratan de someternos a sus dogmas, a sus prejuicios, a sus omnímodas voluntades.

Ellos quieren formarnos a imagen y semejanza de ellos mismos, como si nosotros fuéramos un pedazo de barro o de materia muerta, digna de todo molde, de todo dedazo, de toda manipulación.

Después de esto ¿son los padres, maestros? ¡No! ¿Camaradas? ¡Tampoco! ¿Confidentes? ¡Nada de eso! ¿Que son, pues, en resumidas cuentas? ¡Los enemigos de toda pasión juvenil, porque envejecieron, como de todo anhelo de libertad, por haber sido ellos siempre esclavos!

¿Quien, entonces, con más derecho que nosotros, los jóvenes, para reprochar a los padres el habernos ligado a esta vida esclava de odios y de rencores? ¡Nadie, nadie y nadie!

Por lo consiguiente, los padres no son otra cosa que una autoridad más, que hay que abatir.

Pues bien; por derecho, por nuestra libertad, por el porvenir que a las generaciones futuras les aguarda, combatamos contra la autoridad, contra todas las autoridades, así en el hogar, como en la agrupación, como en la calle.

FRANCISCO LATTELARO.

Tres Arroyos, 14-2-1923.

Reflexiones

Considerado anárquicamente, todo lo que existe sin ser obstáculo para la conquista de la libertad, es útil. De acuerdo con este criterio, la existencia de muchos idiomas, como que no impiden la libertad, no son perjudiciales, como sostienen algunos, en las relaciones de los seres. Por el contrario, ¿qué es lo que hace bello y encantador a un jardín, a una selva o a una orquesta, sino la variedad de las flores, de los pájaros, de los instrumentos?

Las diferencias en los árboles, en las flores, la arquitectura, los sonidos, etc., fundan por contraste la belleza.

El afán del ojo humano, de ver muchas cosas y muchos colores, ha contribuido y continuará contribuyendo a la realización de los progresos.

En la alimentación misma, ¿que entendemos por una buena comida sino una variedad de platos?

Se ve, pues, que la vida interesa por la diversidad. ¿Por qué, entonces, sostener que la variedad de idiomas es también una causa de malestar?

Es indudable que lo primero que necesitan todos los seres para relacionarse, es entenderse, y que para este entendimiento nada sería mejor que un idioma universal. Pensando así, es que se ha inventado el Esperanto, el que nos pone a todos en condiciones de entendernos. Pero ¿cómo entendernos en espíritu, por medio de este matemático idioma? Tal cosa no es posible sino por el lenguaje propio de cada pueblo, en el que está encerrada la belleza y el genio que han alcanzado.

Sí, aprendamos un idioma universai, pero no echemos la culpa de la falta de inteligenciación entre los seres, a la diversidad de los idiomas, pues no está en ellos esa falta sino en nuestros prejuicios, únicos causantes de nuestros antagonismos.

DAVID AINSTEIN.

San Fernando 1923

Los "científicos"

Al escribir esto no me guía ningún propósito mezquino, ningún rencor ni odio personal, sino el deseo de combatir algo que está en desacuerdo con el criterio anárquico, con ese concepto superior que tienen los revolucionarios que dedican todas sus energías a la emancipación de la humanidad.

El gran desarrollo alcanzado en el siglo pasado y en los principios del presente por la ciencia física y química, y por las demás ciencias que estudian la naturaleza en sus infinitas manifestaciones, ha tenido la virtud de entusiasmar a muchos por el estudio de esas ciencias.

Nosotros comprendemos perfectamente lo beneficioso que es el conocimiento de la biología. Ella coloca al hombre en un ambiente natural ante los prejuicios de casta, religiosos, etc, y lo pone en condiciones de alcanzar los más altos desarrollos intelectuales.

Somos los primeros en reconocer la grandísima importancia y utilidad que han tenido para la humanidad los trabajos de los hombres como Lamarck, Darwin, Haeckel, Büchner y otros que sostuvieron ruda batalla con todos los rutinarios, los obscurantistas, los enemigos del progreso. Pero frente a estos y otros sabios que son siempre una minoría, o mejor dicho, bajo el amparo de estos y otros sabios, se alza ese enorme montón de filósofos y científicos que nada han hecho por la emancipación de los pueblos y que, por el contrario, emplean su inteligencia en defender los privilegios de los poderosos, apuntalando con su retórica sofística, que ellos titulan científica, las instituciones fundamentadas en la explotación y la tiranía.

También existen en el campo revolucionario, muchos petulantes afanosos de pasar por científicos. No son sin embargo más que unos simples loritos que quieren subordinarlo todo, a esa cosa que ellos llaman graciosamente ciencia, sin comprender que la ciencia no subordina sino liberta, ya que su objeto no es otro que el de analizar, comprobar, demostrar los fenómenos de la vida.

Dejemos nosotros, pues, obreros revolucionarios, que los hombres que tienen inteligencia y sobre todo medios de todas clases para sus investigaciones, realicen la labor científica que crean necesario. Nosotros, que no tenemos preparación ni medios para tal cosa, concretémonos a emplear nuestros esfuerzos en el derrumbe del presente régimen de injusticia y de desigualdad que padecemos. Y despreciemos a todos esos charlatanes que hablan pomposamente en nombre de la ciencia y de la filosofía y que no hacen sino entorpecer con sus sofismas la marcha de los que luchan por un porvenir de amor y libertad para todos.

Buenos Aires. REMEMBER R.

Hasta la próxima cosecha

Hay dos tipos de obreros, bien vulgares, que alimentan una esperanza bien vulgar también. Uno, el ignorante, que desconoce completamente la grandeza de nuestro ideal. Otro, el sinvergüenza que a todo se hace el desentendido y que cuando alguien le echa en cara su desvergüenza, se las da de «desengañado».

De estos dos tipos de obreros, existen muchos en los campos. Se dedican a cultivar la tierra que han arrendado, con la ilusión de volverse ricos de golpe. Y son en verdad nada más que unos pobres ilusos. Aran y siembras las 100 o 150 hectáreas arrendadas y después de la siembra se acuestan beatíficamente a esperar... Y sueñan con palacios, con lujos, con comodidades. Cuando despiertan y ven verdear los campos, ya se creen dueños de sumas fabulosas y entran a obrar como verdaderos dormidos que soñaran.

Así, penetran magestuosamente en las casas de comercio del pueblo más cercano, y a cuenta de la próxima cosecha piden: «Deme de aquello, y de esto, y de lo de más allá...Sí, sí, del bueno». Y el comerciante fía, porque el estanciero, propietario de la comarca, ha dado su garantía.

El estanciero, por su parte, asegura bien esa garantía. Los chacareros tienen empeñadas a nombre de este, sus herramientas, sus caballos, la vaquita y hasta el sulki, roto y mil veces arreglado.

Llega el mes de diciembre. Los trigales maduros semejan inmensos mares de oro. Los chacareros se vuelven locos de alegría, se olvidan de la prenda agraria, de sus deudas, de todo. El estanciero se muestra benévolo: da cuanto se le pide.

El chacarero cuando va al pueblo no lleva nunca dinero sino vales; vales para el almacén, la tienda, la zapatería, etc; y al verse derrepente dueño de tantos vales, loco de contento compra y compra, sin fijarse mucho en los precios. Esta es la ocasión que aprovechan siempre los «bolicheros», para vender las cosas cuatro o diez veces más caras de lo que se venden comunmente.

El estanciero da las piezas que se rompen de las máquinas; da las bolsas, paga los peones que cosechan y trillan, etc.

Ahora el campo está limpio. Pero el chacarero no está alegre como antes. Esperaba obtener veinte fanegas por hectárea y sólo obtuvo diez. Por lo tanto, tiene pocas ganas de ir a la estancia de donde lo llama el propietario para arreglar las cuentas, mas ¿qué hacerle, si no hay otro remedio? Y va.

Allí, el estanciero que es un hombre práctico, tiene todo perfectamente anotado, Al pobre chacarero se le obscurece la vista ante tantos números y signos como los que le muestra el estanciero. «Ya veis,—le dice paternalmente éste, — esperábamos tan buena cosecha y resultáis con cincuenta pesos de déficit»,

El chacarero mira entre ingenuo y azorado al estanciero, el cual añade: «Pero, no os desaniméis. También este año os prestaré mi ayuda y trabajaréis otra vez... No os podéis quejar todavía. Habéis pagado todas las deudas del año anterior. La cosecha, es cierto, no fué muy buena; que queréis, la sequía... Ahora estáis libre. No os cobraré interés por los cincuenta pesos, y si este año viene mejor, os haréis rico de golpe».

Así termina el estanciero, palmeando la espalda a su protegido, que olvida todas sus miserias al sentirse acariciado. Pero, al volver al rancho, llega de mal humor. No responde a las preguntas de su mujer que quiere saber, ansiosa, el resultado definitivo, en la esperanza de que habrá sobrado algún dinero. Mas el marido está sumido en profundas reflexiones. Sueña otra vez... recorre con la mente su pasado, su juventud, cuando trabajaba en una fábrica, allá en Bs. Aires. Entonces no tenía ambiciones de enriquecer; era feliz, era libre, era soltero y no dependía de los intereses. Si se enojaba con su patrón, le cantaba cuatro frescas y se marchaba a trabajar a otra parte. Ahora no; ahora está esclavizado, atado de pies y manos; ahora depende del estanciero y tiene que trabajar un año para pagar lo del anterior y continuar debiendo, mientras cada cosecha es un fracaso de sus ambiciones...

Estas reflexiones lo entristecen haciéndole asomar lágrimas a los ojos. Luego reacciona, sorbe el mate que le ceba su mujer y le cuenta lo bueno que es el estanciero, pues le ha prometido semilla y alimentos hasta la próxima cosecha...

Y ara y siembra y vuelve a dormir beatíficamente, soñando en la revancha que lo enriquecerá de la noche a la mañana.

ISAAC K. ESTELMAN.

Médamos, Feb. 1928.

Ganarían con callar

Con el humano y sereno gesto de Wilckens, todas las bocas se han abierto para execrar a los anarquistas: ¡«asesinos» y «criminales!», nos dicen. ¡Bocazas puercas, zafias y guarangas!... Bocas burguesas al fin.

¿Por qué nos calumnian? ¿Por qué nos insultan? ¿Por qué nos blasfeman? ¿Por qué protestan?... ¿Será por la muerte del verdugo Varela? ¡Sí!... Debe ser.

Pero nosotros que conocemos a fondo todo lo hipócrita y lo cretino que son esos ofendidos lenguaces, se nos ocurre preguntar si es lógico que nosotros responzabilizáramos a todos ellos, nada más que a todos ellos, cada vez que un cretino o un hipócrita de su clase atenta contra la vida o la bolsa de un semejante, cosas que a centenares suceden todos los días.

¿Cómo cuando en Santa Cruz el por vosotros llorado verdugo, robaba, quemaba, magullaba y mataba obreros, como quien mata moscas, no protestábais, ni blasfemábais de Varela en nombre de la justicia? ¿O es que para vosotros, inefables hipócritas o cretinos, vale más la vida de un verdugo que la de 1.500 trabajadores que os daban pan y comodidades con el producto de sus sudores?

Y aunque lo contrario fuese ¿os parece lógico responsabilizar a la colectividad anarquista por un hecho individual y aislado que comete uno de sus miembros?

¿Y qué diríais si os dijéramos que el crímen de Wilckens es vuestro crímen? Seguramente no lo creeríais ¿verdad? Sin embargo es conveniente analizar, buscar los factores y ver si ese efecto tiene su causa.

¡Vamos a ver!

Nadie pretenderá discutirnos de que la actual sociedad está basada en la explotación y la tiranía. ¿Quién se atreve a sostener lo contrario? Partiendo de ese punto, arribamos a la conclusión de que el bienestar de los explotadores y los tiranos, improductivos por excelencia, es causa directa del hambre, el dolor y la miseria de las multitudes explotadas y oprimidas con el torniquete de la Ley, que se les impone con *la razón* de las bayonetas y los fusiles. Y vosotros, hipócritas o cretinos, jamás os sublevásteis para reprimir tan bárbara injusticia.

Tenéis conciencia, sí, de que aquellos que más trabajan y producen, menos comen, porque todo les es arrebatado por la garra brutal del Capitalismo y la fuerza siniestra del Estado, y nunca tuvísteis una voz de protesta contra tanto vandalismo.

Mientras los humanos parásitos se refocilan en amplias, cómodas y lujosas mansiones, millones de seres, sin techo ni abrigo, perecen de hambre, de sed y de frío. sin que éste horroroso cuadro, que todos los días estáis viendo, os haya hecho blasfemar una vez en nombre de la justicia.

Siempre que los eternos expoliados hayan salido a la calle a pedir un poco más de pan que es todo suyo, vosotros, señores hipócritas o cretinos, habéis sido los primeros en azuzar los perros del órden y las fuerza coercitiva de las leyes para ahogarles en las gargantas el santo grito, a balas, machetazos y calabozos.

Habéis visto masacrar cobardemente al pueblo obrero en las calles de Buenos Aires, en los memorables días de la semana trágica, saltear e incendiar el local de los chauffeurs durante las fiestas mayas de 1921, balearlos por la Liga Patriótica en Gualeguaychú, fusilarlos, quemarlos, enterrarlos, martirizarlos, encarcelarlos, robarlos y perseguirlos peor que a fieras, en Santa Cruz, y vosotros, hipócritas o cretinos, contemplasteis tales actos, sino con indiferencia, siempre con jesuítica alegría. ¿Verdad?...

Cómplices conscientes o inconscientes, vosotros, de todos los crímenes sociales, ¿os conduele ver que una de esas tantas eternas víctimas se subleva en nombre de la justicia que rompe los límites del código y armando su brazo mata a un verdugo mil veces despreciable?

¡Oh Wilckens, Wilckens hermano! Yo levanto mi pequeñuza por sobre de mi cabeza, la agito como un trapo rojo al sol de la libertad y te saludo en su nombre, en nombre de mi hijita que se llama Anarquía, pese a esa turba de hipócritas y cretinos que ganarían mucho con más callar.

PEDRO DARÍO FUSCO.

Las posturas e imposturas de Centenari

Los que hayan leído *El Peludo* Nº. 121 de 24 de Febrero en curso, habrán tenido oportunidad de apreciar en toda su desvergüenza, su grosería y su despatarramiento, a su director. Son dos páginas las que se ha llenado ese bárbaro de pacotilla, para contestar a mis cargos. ¿Y qué ha hecho el pobre con destilar tanta fobia, inmundicia y bilis? Nada más que confirmar los cargos que le hice y los que voy a hacerle.

Concretemos, en tanto tomo por la cresta al fanfarronesco gallo.

Dice Centenari respondiéndome: «¿Cómo podía Irigoyen perjudicarme, si yo no era empleado nacional?»

Es cierto; él no lo era, sino un hermano que alimentaba a don Julio, eterno parásito.

Sigue el de *El Peludo*: «Mi padrino fué el general Roca, antiguo amigo de mi padre», etc.

Puede ser, pero ¿por qué exhibe en su cueva, dentro de un lujoso marco, la fotografía de Figueroa Alcorta, con una dedicatoria que expresa ese protectivo padrinazgo? ¿O será eso también otra de las tantas mixtificaciones de don Julio?

Y continúa el avenegra: «¡Egoísta, si cuando tengo algunos pesos los comparto con los que me los piden!»

Con los que *me los piden*, es decir, con los que tienen que pasar por esa vergüenza de pedir, de humillarse, de limosnear. ¡Qué generoso!

Y prosigue: «Vanidoso: si lo fuera, habría seguido la carrera militar y sería hoy, por lo menos general y gobernador de algún territorio nacional!! Tiré la espada, la vanidad no prosperó!!»

A eso de tirar la espada, que algunos afirman que se la quitaron después de un vergonzoso proceso, habría que agregarle que cambió el repugnante oficio de militar por el no menos puerco de procurador. Y anduvo acertado. El militar, mal que mal, tiene a veces que dar el frente,

---

CONFERENCIA

En Plaza Italia a las 17 horas. El domingo 11 de Marzo de 1923

ORADORES DE LA C. FEDERAL

Agrupación «Ideas».

exponiéndose a las balas; el procurador se lo hace dar a sus clientes; es bastante conque les enseñe a hacer de la mentira, verdad, y el asunto queda terminado. ¿Que una familia o dos o diez, pueden quedar en la calle, arruinadas, en la miseria? ¡Qué importa! El procurador cobra y gana fama encima, sin peligro para el cuerpo.

Sigamos copiando al de la cueva de Dean Funes: «Jamás he sostenido la candidatura de Moreno para gobernador de Buenos Aires. Soy su amigo, nada más!»

No; sostenerla no, pero «hacer el paralelo del liberal con el beatón Cantilo», como él dice, sí. ¿Y esto para qué, con qué objeto, sino para ganarse al electorado en favor de «su amigo» y en contra del otro? ¡Chicaneador, enredista! Largue los 200 pesos que ha prometido al Comité Pro Presos, pues si «hacer el paralelo» y escribir ésto: «El Dr. Rodolfo Moreno (hijo) salvó los talleres de *La Protesta*», etc, no es defender la candidatura de ese doctor, como yo he dicho, aunque sea del modo indirecto que usted lo ha hecho ¿qué es entonces?

Después de una larga serie de insultos, sandeces y majaderías, propias de un matasiete a distancia, continúa el malabarista de *El Peludo*: «No me asustan los polizontes y mucho menos los tipos ruines y cobardes», etc.

Los cobardes tal vez no le asusten, si de antemano sabe que son cobardes, pero los polizontes, parece que sí. Véase lo que me decía en una carta que aun tengo en mi poder: «Tengo por costumbre romper todo para no dejar rastro en caso de requisa».

En cuanto a la polémica con los espiritistas, afirma una mentira. Ver sino, la respuesta de estos en el número 73 de *El Peludo*. Ver en el 82 mi respuesta; ver en el 86 otra respuesta de José Sencillo. Y tan «terminada» estaba la polémica y tan «agotado» el tema, que en el núm. 90 se publicó un artículo en defensa de los espiritistas, firmado por Celestino Acón.

¿Que yo solicité espacio en la revista? ¡Muestre los papeles! ¿Que en la dedicatoria puse distinguido? ¡Muestre el opúsculo! ¿A que nó?

Confieso sin embargo que debí haber puesto en vez de: «A Centenari», en seco, al mercachifle Centenari. Lo que revienta a este no es lo que yo le he dicho, ni lo que se piensa de él en «La Protesta», «La Antorcha», «Ideas» y «La Pampa Libre», sino los cargos que no puede levantar y que cuando quiere hacerlo, lo ponen de cuerpo entero en toda su impudicia.

Dice que los artículos ajenos, publicados en «El Peludo» con su firma, «se compusieron cuando estuvo enfermo». ¡Ah, ladrón! ¡Enfermo, y se quedó después, cuando sano, bien callado! Ha necesitado que se lo dijera yo para cantar el *mea culpa*.

Esos artículos se publicaron en distintas fechas, lejanas unas de otras, y Centenari estuvo ocho días enfermo, en el mes de Noviembre próximo pasado. Pero como «no fué su ánimo apoderarse de lo ajeno» (el ánimo no, el hecho sí), hay que perdonarlo.

El artículo «Tradición» no es de Centenari, pero el recorte lleva al pie, escrito con tinta, de puño y letra de este señor, su propia firma... Mas, perdonémoslo también: no fué su ánimo...

Nuestro fantoche no es vanidoso, pero publica a cada momento todas las cartas de alabanza que se le envían; no es anarquista, pero trata de hermanos y compañeros a estos, máxime cuando son suscriptores; «ha defendido gratuitamente a obreros y sindicatos», pero no lo prueba; dice que al secretario del sindicato de Oficios Varios de Pasteur, Vicente Bolana le suspendió el envío de *El Peludo* porque le debía unos pesos, pero el que le pidió su revista no fué ese, sino Jorge Goycoolea, cuya solicitud y respuesta hemos visto; quiere achacar a un tipógrafo su barbaridad de escribir *truncados* por *trocados* y *podemos* por *podremos*, cuando con el original de «su» libro, que tenemos, podría probársele lo contrario; y se incluye, en fin, en una lista de enemigos que publicó la liga patriótica, cuando, como es de todos sabido, la tal liga ni lo mencionó al publicar su lista negra.

Y ahora, no sabiendo cómo defenderse, después de atacar soezmente a publicaciones tan honestas como «Ideas» y «La Antorcha», ¡él, un pillastre en toda la línea! (de «La Protesta» no dice nada el valentón, y eso que allí «tienen más razón que yo para cantarle cuatro frescas»), después de todo eso, hace conmigo una cuestión personal, cuando no es mi persona lo que interesa en esto, sino sus latrocinios, sus posturas y sus imposturas que he dejado bien probadas.

25-2-1923. PEDRO DARIO FUSCO.

DE LA CIUDAD

Mujeres que desaparecen.

La crónica policial apunta casi todos los días: «muchacha que se fuga del hogar; menor desaparecida; joven raptada»; etc. etc., y la prensa burguesa se alarma y lloriquea por este hecho que, en una ciudad tan religiosa como Córdoba, no sabe explicarse o no quiere explicar.

Bien sabe el pasquinismo lacayuno, que el hambre ronda por todas las casuchas proletarias, y junto con él ambulan los caftens de todo pelaje. No desconoce tampoco esa canalla, que los grandes señores y los niños bien se valen de las muchachas del pueblo, para dar rienda suelta a sus bestiales instintos, y no desconoce además cómo, luego de aprovecharse de su ignorancia, aprovechan su carne, viviendo a costillas de su degradación y alimentando a los màs inmundos rufianes e intermediarios.

Recorred los prostíbulos y os será claro ver cómo la mayoría de los tratantes de blancas, son niños bien, rufianes o entregadores sin conciencia, empleados de policía que aumentan así sus jornales.

«Mujeres desaparecidas»... ¡Nó, nó, mentira! Hijas del pueblo que la cáfila de degenerados que ampara la sociedad burguesa, explota a su satisfacción. Muchachas que han de llenar los prostíbulos o servir a los gustos particulares de los potentados de la región.

«Mujeres desaparecidas»... ¡Mentira! Muchachas, mujeres, que la sociedad capitalista devora, con el asentimiento tácito del gobierno, de la iglesia, y de la prensa que lagrimea al igual de las viejas celestinas del hampa.

¡Eh! entregadores de todas las layas, bestias de refinado relajamiento, ¿no véis que la casa se derrumba, se os viene encima para aplastaros; que el régimen que os ampara bambolea, que la hora de la justicia llega, real, a los canallas?

¡La revolución social! Sí, sí, compañeros, para barrer con todas las miasmas, destruir todos los focos de infección, higienizar, y sobre lo limpio y puro crear lo nuevo, lo sano, la sociedad en que no haya «mujeres que desaparezcan».

Flores ultrajadas.

Entre la doble fila de coches en los que los ricos disfrutaban de la «alegría» del carnaval, llamó la atención nuestra, siempre lista al detalle, un chico que lloraba junto a unos nardos rotos, tirados en el suelo.

¡Siempre la prepotencia burguesa! Porque la inocente flor ofreció las de su canasto a unas «niñas» que se deshacían en galanteos con un «niño» de la comisión, el joven «atento» se las raptó al niño y las rompió con el beneplácito de las damitas divertidas. «Para que no molestara».

Nadie supo nada de nuestro dolor, pero las lágrimas del chico del pueblo se vertieron en el cáliz de nuestras amarguras, como un guante arrojado por los prepotentes a la cara de los rebeldes.

¡Oh, sí! La afrenta, los nardos y la flor de infancia que ese burgués ultrajara, se sumarán a nuestros odios, a nuestras rebeldías, y darán cuenta de ella!

Los anarquistas no perdonan nunca el ultraje inferido a un niño o a una flor.

El negro Mijo.

Tal así, cariñosamente, le llamaban sus amiguitos: «el negro Mijo».

Como muchos chicos de aquí, no conoció padre y con su hermanito de 8 y él de 10 años, ayudaban a la madre en los diarios menesteres.

Mijo, lustraba botas en el parque y corría todo el día por sus jardines. Su inteligencia interesaba a todos, como su bondad conquistaba a todos sus compañeritos.

Un día, unos burgueses desalmados, llamaron a Mijo y por unos centavos le hicieron pelear con otro muchachito como él. ¡Para divertirse los desvergonzados!

Entonces, Mijo no fué más el negro Mijo; le bautizaron el negro Siki, y todos los satisfechos le adulaban, en su interés de divertirse.

Un burgués caritativo, le tomó a su servicio, y para ayudar al negrito le pagaba cinco pesos al mes.

Ahora, el negrito Mijo, no corre alegre por el parque, no lustra botas o se divierte con los amigos. Está de sirviente de un malvado, quien con el fruto del trabajo que le explota, le cubre las carnes y le educa muy bien, como para que sea siempre un esclavo.

Reivindicamos para nosotros todo el cariño y el sufrimiento que le depara la maldita sociedad en que vivimos.

Mijo: estas líneas te llegarán como un golpe de corazón. Tu no las comprenderás, pero guárdalas bien, y cuando seas más grandecito, léelas, aliméntalas con tus más nobles sentimientos, dáselas a tus compañeritos y piensa en los anarquistas que luchan siempre por tu felicidad, por la felicidad de todos.

Negrito Mijo, compañerito.

JOSÉ M. LUNAZZI.

Córdoba, Febrero 1923.

Centenari o el albañal reventado

«Allá, en un pasquín anónimo que se edita en la melancólica ciudad de La Plata»...

«Tanto Fusco como «Ideas» no sirven ni para taco de mis botines»...

«Los cobardes de «La Antorcha» que no alumbra ni el zaguán de los anónimos de la redacción de «Ideas»... «Farabutis de «Antorcha», «Ideas» y Sindicatos de fabricantes de butifarras»...

«La Antorcha», «Ideas» de La Plata y otros macacos»...

«El Peludo» donde quiera que va desaloja a los papeluchos que como «La Antorcha», «Ideas» que nadie lee, aparecen de tarde en tarde con una literatura funeraria»...

Y basta de transcripciones.

Habíamos dicho en nuestro núm. 90, al pie de un artículo de Fusco referente a los robos literarios y otras cualidades tan buenas como esa, de Centenari, que «El Peludo» era una publicación guaranga, vozarrona, grotesca y despatarrada. Y apenas ha transcurrido un mes, para que los que dudaban de nuestra afirmación, queden completamente convencidos.

Ahí tienen los compañeros que suelen encantarse con los gritos de cualquier bribón lleno de padrinos de alcurnia, confirmadas plenamente nuestras palabras. Vean lo que dice semejante individuo sin escrúpulos, de publicaciones tan honestas como las nuestras.

Resulta así que un ahijado del general Roca, que siguió en un tiempo la carrera militar, que es amigo del ex candidato a gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Dr. Moreno hijo, que fué secretario del doctor Pellegrini, otro ex presidente de la República Argentina, y que fué, en fin, jefe de policía en Rio Negro, se cree todavía con derecho a llevarse por delante a gentes como nosotros, humildes y sinceros, que no hemos robado una sola línea ni hemos comerciado jamás con las ideas que sustentamos.

Indudablemente, ese señor Centenari continúa siendo un jefe de policía.

No piense, pues, que vamos a devolverle la pelota, poniéndonos a la altura de su boca zafada, torpe e insolente. No señor, no llegaremos, pierda cuidado, a esas sus «alturas». No tenemos alas tan limpias como las suyas, ni antecedentes tan sucios como los que nos ha mostrado.

Siga usted con su «Peludo» engañando a los incautos que, porque lo ven vociferar a toda quijada, ya lo creen un hombre sano y valiente. Siga usted metiéndole uña a cuanto pase próximo a sus manos sucias de procurador, así sea el artículo «Los dos socialismos» publicado en «Alarm», de Alemania, traducido después al castellano y publicado en «La Protesta», y más tarde aparecido en su revista, núm. 40, con su propia firma, señor audaz. Siga, en fin, cometiendo todas las fechorías literarias que desee, todos los atentados al buen gusto que se le ocurran, como ese de publicar su bigotuda facha de impúdico burgués. Siga, sí, amenazando en el aire como cualquier gaucho de carnaval. No conseguirá arrastrarnos tras su chorreante carro atmosférico, ni conseguirá tampoco que le hagamos el honor de una puteada. A ladrones como usted no hay sino que exhibirlos, pendientes de un piolín y desde lejos, como para que no ensucien ni salpiquen.

LA REDACCIÓN DE «IDEAS».

Correo de "Ideas"

P. D. Fusco.—*Gral. Pinto.* No publicaremos su otra colaboración referente al anónimo que le han enviado. No vale la pena ocuparse del defensor de ojito que le ha salido a ese desbocado, ni nos preocupan las apreciaciones que hace el tal, respecto a uno de los compañeros de esta redacción.

E. Mazzini.—*Bs. Aires.* Muchas gracias por su advertencia, pero no tema nada en cuanto al loco ese que usted menciona. Si las publicaciones que dice usted, «no se animaron a arrimarle una patada», ellas sabrán por qué no lo han hecho. Con todo, crea que los anarquistas amansaremos al loco. Recuerde que otros más locos que él fueron amansados para toda la vida. Si los anarquistas no fuéramos capaces de eso, seríamos verdaderamente unos grandes desgraciados. Pero no nos escriba más en papel de oficio, o vamos a decirle que le estamos viendo las patas a la sota...

Acuso recibo

Con fecha 3 del corriente ha llegado a mis manos un anónimo en forma de carta, concebido en estos términos: «Viejo taimado. Morirás en la cárcel. Tu pasastes al pillo de Pinto la listita de los agentes. No te olvides de leer lo que sale la próxima semana. Te voy hacer morder el polvo de la derrota», etc, etc.

Como mi nombre se debate en «Ideas», deseo que se sepa lo siguiente: Sea quien sea el autor del anónimo, aviso a los lectores de «El Peludo» que no se dejen sorprender por la calumnia ni por la mentira esa de los agentes. Si hay que bailar, pues, bailaremos, pero que den la cara los que escriben anónimos: que pongan nombre propio y dirección.

CELESTINO ACÓN.

Calle Soler N. 6063. Bs. Aires.

ADMINISTRATIVAS

Recibimos las siguientes cantidades:

Armstrong. — N. Copparoni 4.00 por int. de «La Antorcha». **Avellaneda.**—Agrupación «El Porvenir» 1 por «El Deportado» y 9.00 «Ideas. **Bs. Aires.** — Biblioteca «Remember» 5, «La Antorcha» 2.50 parte de rifas que nos correspondían, R. Gonzalez 1.00 «Por el amor», F. Herrera 0.50, C. A. Balbuena 1.00. **Ensenada.**—L. Martinez 1.00. **Gral. Pico.**—J. P. Lovato 16.00. **Gral Madariaga.**—L. Vinagre 6.00 por suscriptores. **Kilómetro 180.**—J. Ramos 0.60, por int. de «La Antorcha. **La Plata.**—V. Basta 2.00, J. Salas 0.60, L. Relli 0.50, D. Zaccari 1.00, M. Dukelsky 2.00, H. Córdoba 2.00, S. Echeverría 2.40, S. Izquierdo 1.00, P. Trota 0.50, J. Bogoni 1.00, J. Cúneo 2.40 «Por el amor», C. Zapararte 2.00. **Los Talas.**—J. de la Llave 1.00. **Las Rosas.**—E. Costa 1.50, J. Gosso 1.50. **Lanús.**—N. Bohn 1, E. Balbuena 1. **Mar del Plata.**—D. Matarazzo 3.—**Punta Alta.**—M. Eyroa 3.00 por «Ideas» y 1.00 «Por el amor». **Rosario.**—A. Rodriguez 15, por int. de «La Antorcha». **Santa Fe.**—F. Arragón 1.00 para «Por el amor». **Total de entradas $ 94.00. Salidas.**—Impresión de este número (2.100 ejemplares) $ 88.00. Franqueo, encomiendas y correspondencia 10.00. Total $ 98.00. Saldo anterior $ 56.88. Entradas $ 94.00. Suma $ 150.88. Salidas $ 98.00. **Para el núm. siguiente 52.88.**

PARA EL COMITÉ PRO PRESOS

Gral. Madariaga.—V. Luengo 2